

La ciudad de México, otro aspecto de la posmodernidad

Gerardo G. Sánchez Ruiz*

Si bien a partir de los años treinta la industria fue la que matizó la dinámica económica del país, y en última instancia la que lo definió, para los setenta, en un mundo que replanteaba su economía y relaciones, el desenvolvimiento adquirido por el sector terciario imprimió especiales características. Esta situación, aparte de generar nuevos espacios de producción y otras relaciones en el país, motivó que la ciudad de México —como la principal receptora de las actividades económicas— sufriera significativas transformaciones, como obra de grupos empresariales y de los distintos gobiernos, ello, en un intento por hacerla corresponder con el desenvolvimiento de las actividades que se estaban renovando. Las transformaciones, que en su esencia cristalizaban aspiraciones de una sociedad muy dinámica, arrojaron en los diferentes espacios citadinos un cúmulo de nuevas manifestaciones, entre ellas algunas muy expresivas, tal como ocurrió en la arquitectura.

Como en otros procesos sucedidos en el mundo, ante la necesidad de remontar a una modernidad que declinaba ante la incapacidad de atender otros niveles de exigencia de la sociedad, se abrió otra época; en ella se combinaron una serie de circunstancias entre las que sobresalieron: el afianzamiento de los lazos económicos entre las naciones, revolución en el campo de la tecnología y de las comunicaciones; y nuevas percepciones respecto a la vida social. Así como situaciones sobresalientes de esta época, las computadoras personales implicaron nuevas relaciones de trabajo y de adquisición de conocimientos; la generalización en el uso de aparatos electrónicos indujeron otros roles entre individuos, tanto en el interior de los hogares



La posmodernidad genera desigualdad social.

como en el resto de la vida social; los sistemas de comunicación como el teléfono, el fax, el internet, el cable y los satélites, modificaron la manera de recibir los acontecimientos e impulsieron otras modalidades en la producción y en la difusión del conocimiento; en esta misma vía, las recientes formas de vida significaron nuevas pertenencias sociales, diferentes formas de conducirse, además de otras maneras de concebir a la cultura, etcétera.

De ese modo, en las tres últimas décadas las sociedades dieron cuenta de una serie de trans-

*Profesor e investigador de tiempo completo en CyAD, UAM-A y profesor de asignatura en la ESIA-Z, IPN.

formaciones en las maneras de pensar, expresarse, conducirse, producir y satisfacer necesidades; inevitablemente, las condiciones y sus estilos de vida, en su territorialización, fueron generando nuevas estructuras urbano arquitectónicas, las cuales colocaron a las ciudades en otras condiciones. A esta época —una nueva etapa del capitalismo—, si bien neoliberal por los manejos económicos que trae consigo, por las expectativas que ha generado en las sociedades, por los estilos de vida que ha difundido y por los valores que ha venido imponiendo, se le ha denominado posmodernidad.² Desde esa perspectiva, la posmodernidad no sólo se ha proyectado como una tendencia dentro de la arquitectura o como englobadora de varios estilos arquitectónicos —pese a que la arquitectura en mucho ha contribuido a la extensión del término—; sino que, se ha proyectado como generadora de expectativas, comportamientos, matrices culturales y condiciones de vida de las sociedades, tal como lo hiciera en su momento su antecesora.

La modernidad desplegada en el país desde los años veinte, fue generando elementos para dar paso a la ansiada industrialización, y como parte de esos elementos, la arquitectura hubo de asumir la racionalidad, la funcionalidad y, en cierto sentido, la estandarización para dar cumplimiento con las expectativas generadas por aquélla; pero a la vez, esa modernidad había prometido nuevas formas de vida en la sociedad. Asimismo, satisfizo las necesidades planteadas por la industrialización cuando, por efecto de la especialización, éstas elevaron sus niveles de exigencia, esa modernidad ya no fue capaz de cumplir; más aún, nunca pudo efectuar nuevas formas de vida para el conjunto de la sociedad, pues en las periferias de las grandes ciudades, sobre todo de países pobres, las carencias se tornaron dramáticas. Como resultado de estas deficiencias, los grupos sociales, y en especial el ciclo producción, circulación y consumo, exigieron situaciones acordes con las nuevas formas de su desarrollo.³

En ese contexto y a partir de los setenta, en la ciudad de México se generaron nuevas expectativas entre su población ante las carencias que estaban sufriendo, aunque éstas, entre algunos de sus miembros —los grupos acomodados— fueran más allá de las elementales y se extendieran en los planos ideológicos. A las exigencias planteadas por los distintos sectores sociales y de acuerdo a sus posibilidades, fueron correspondiendo particulares satisfactores, sucediéndose, de ese modo, el conjunto de propuestas urbano arquitectónicas que han venido caracterizando a la ciudad de México desde esos años, y que en su extensión han señalado una nueva época en su vida. Pero como notas contradictorias, a pesar de las aspiraciones que dieron lugar a la rebautizada modernidad, la producción arquitectónica gene-

rada en la ciudad se fue desarrollando con las mismas particularidades de otras épocas; es decir, bajo los fuertes tonos de la desigualdad.

Por un lado, y como en otros estados vividos por la ciudad, el nuevo contenido y ropaje de las tendencias urbano arquitectónicas generadas en espacios selectos, provinieron en su mayor volumen de un exterior muy influyente que se introdujo como resultado de los viajes de sus demandantes y ejecutores; pero además, como fijaciones alienantes de los modelos culturales transmitidos por los diversos medios de comunicación. Esa posmodernidad se fue expresando en nuevas periferias pobres, renovando de esa manera las contradicciones generadas por su antecesora; pero aún más, ha incrementado entre sectores deprimidos fenómenos como el ambulante, los niños de la calle, la prostitución, la inseguridad, etcétera.

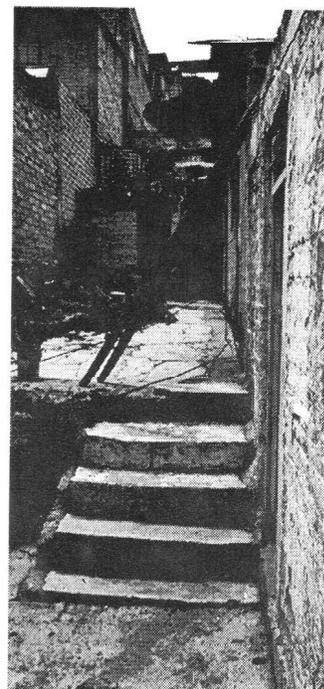
Ese otro aspecto de la posmodernidad que caracteriza a la ciudad de México, es por demás notorio en los déficit de vivienda y en el otorgamiento desigual de servicios, en el caso de las carencias en vivienda siempre ha sido un problema muy álgido, a pesar de los instrumentos y los recursos erogados por los gobiernos abarcados por las denominadas eras de progreso. Sus déficit se pueden situar a partir de los grupos de habitantes que viven hacinados como consecuencia de la imposibilidad de ampliar sus viviendas, o por el hecho de habitar viviendas no propias y por las condiciones físicas que presentan estas viviendas; tales son los casos de la situación de las edificaciones, los materiales utilizados en su construcción y el nivel de disfrute de los servicios en el interior de éstas.

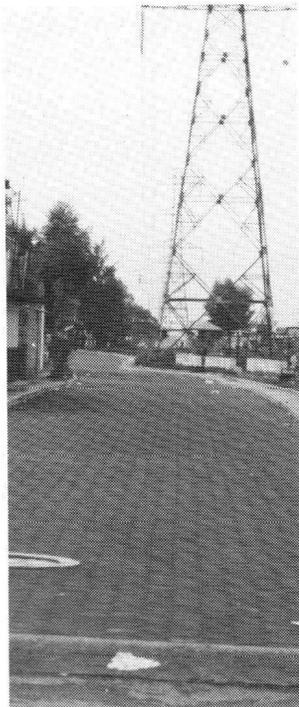
Para ilustrar lo anterior, confrontando los censos de 1960 a 1990 en el rubro de vivienda, para lo que se ha considerado como Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM), se encuentra que en cada década los porcentajes concernientes a vivienda no propia parecieron desenvolverse positivamente, pues los índices fueron decreciendo en 79.9, 57.7, 46.5 y 30.5 por ciento para los años de 1960, 1970, 1980 y 1990, respectivamente; sin embargo, en términos absolutos, la situación fue distinta, ya que para los mismos años el número de viviendas no propias registradas se sucedieron en el siguiente orden: 743 mil 400, 869 mil 800, un millón 200 mil 300 y 951 mil 560. En ese sentido, si bien en los porcentajes se observan mejoras en el rubro, en términos reales 3 millones 985 mil 6, de los 14 millones 931 mil 157 habitantes de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México en 1990 —el 26.6 por ciento—, no contaban con vivienda propia.

Ofreciendo un mayor detalle de la situación de la vivienda, debe destacarse que en relación a esa tendencia se observan situaciones significativas para 1990, una situación fue que quienes no contaban con vivienda propia, en su mayoría eran habitantes del Distrito Federal, concretamente esas

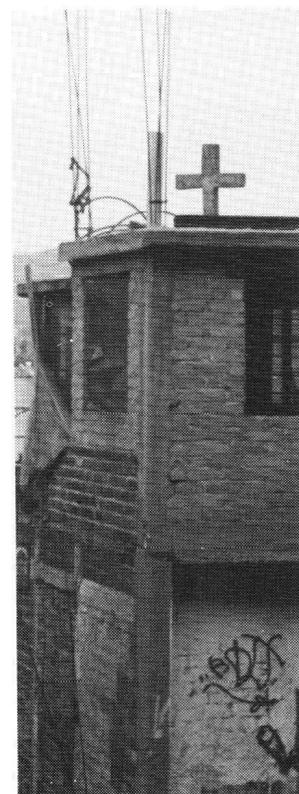


En la ciudad de México se acentúan las diferencias en la calidad de vida de la población.





Los asentamientos irregulares se encuentran en las zonas periféricas de la ciudad.



carencias se localizaban en las delegaciones Gustavo A. Madero, Cuauhtémoc e Iztapalapa, demarcaciones que del total de 3 millones 985 mil 6 habitantes de la ciudad que no poseían vivienda, en su área contabilizan 9.5, 8.8 y 8.1 por ciento respectivamente. En ese sentido, al interior de los municipios se observaba que quienes mantenían los mayores índices de no posesión de viviendas eran Ecatepec con un 5.7, Nezahualcóyotl con un 8.1 y Naucalpan con un 5.3 por ciento de aquel total.

Parecería paradójico que las delegaciones sean las que muestran mayores índices de no posesión de vivienda,⁴ la paradoja es lógica si se considera que en estas delegaciones, quienes no poseen vivienda y tienen la capacidad para procurarse una de alquiler, eligen esta modalidad soportando una situación que les permite mantenerse cerca de sus centros de trabajo y de esa manera evitar periferias. En tanto que la gente que opta por una vivienda propia, apuesta a salir a la periferia buscando los mecanismos para hacerse de una casa; por supuesto lo más difícil le corresponde a la parte de población que decide la adquisición de algún terreno a través de mensualidades, en condiciones de ilegalidad, sin servicios y, además, con la perspectiva de autoconstruir su vivienda.

Según el documento "Las grandes obras en el Distrito Federal" de 1989 a 1994, las distintas instancias públicas que construyen vivienda en el DF, generaron 129 mil 465 viviendas (Sociedad, 1994:78), si se es realista, esos números no alcanzaron a cubrir los déficit en esta parte de la ciudad, así, la incapacidad de los organismos estatales para absorber nuevas necesidades y los déficit ya existentes, han obligado a numerosas familias a optar por otra modalidad en el uso de vivienda; por ejemplo, comprar o rentar a promotores privados, en situaciones donde la calidad de la satisfacción fluctúa en relación a la pertenencia social y, por supuesto, a los niveles de ingreso de los necesitados. No es desconocido el viacrucis escenificado por esta parte de la población, quienes, en ocasiones casa por casa, tratan de localizar un cuarto que se ajuste a sus posibilidades.

Al escenificar este viacrucis y al optar por el alquiler de una vivienda, se encuentran con "un cuarto con sala-comedor, cocina y baño pequeños", en Ecatepec implicaba, para diciembre de 1997, erogar 69.8 por ciento del salario mínimo mensual —26.25 pesos diarios— para de este modo poder pagar los 550 pesos que se pedían como renta por ese espacio. Si se deseaba alquilar un departamento grande, la vía era pagar 2 mil 400 pesos o 3.0 veces el mismo salario, para cubrir la renta de un departamento en la colonia San Pedro de los Pinos; o, en su caso, 9 mil pesos o 11.4 veces aquel salario para poder alquilar un departamento en Interlomas. En la otra modalidad, si el objetivo era adquirir una casa, los precios de éstas fluctuaban desde una situada en San

Agustín, Ecatepec, anunciada en 120 mil pesos o 152.3 salarios mínimos mensuales, hasta una residencia en Bosques de las Lomas, erogando 5 millones 575 mil 500 pesos o 7 mil 80 veces el mismo salario (*Excélsior*, dic. 97). Cuando la población de escasos recursos no puede tener acceso al mercado regular, recurre a las invasiones, y cuando se ha tratado de terrenos en los que hay otros intereses, la autoridad ha respondido mediante los desalojos con la fuerza pública, tal fue el caso del desalojo ejecutado por granaderos el 2 de agosto de 1994 en contra de 125 familias en un predio denominado "La Magueyera", dentro de la Delegación Álvaro Obregón.

Si se consideran los raquíticos salarios de ingresos de gran parte de la población, y a la vez se agrega la voracidad de propietarios de bienes inmuebles, se encontrarán las causas por las que la población tiende a moverse hacia zonas periféricas de la ciudad y conformar los llamados asentamientos irregulares. Por extensión, en aquellos hechos se fundamenta la aparición, en los tres últimos sexenios, de asentamientos irregulares en Iztapalapa, Chimalhuacán, Ecatepec, Iztapalapa y Valle de Chalco, zonas donde la cotidianidad de la gente tendió a hacerse penosa por lo tormentoso del proceso para hacer habitables esos asentamientos.

Así, la generación de estos asentamientos, como resultado de la búsqueda de techo bajo el cual vivir, ha sido una de las causas más importantes de la expansión urbana. De esa situación dio cuenta la Dirección de Reordenación Urbana y Protección Ecológica del DDF en 1994, al asegurar que en la ZMCM existían 16 mil 500 hectáreas de asentamientos irregulares. En esa misma vía y redondeando desfortunadas de estos grupos, según la Dirección de Protección Civil en 1994, "cerca de 700 mil personas vivían en cerros, barrancas o vecindades precarias incluso en el centro capitalino, donde se ubicaban alrededor de 50 inmuebles catalogados por el Departamento del Distrito Federal como inhabitables" (*La Jornada*, 11.09.94).

La otra situación sufrida en estos asentamientos es la carencia de servicios, el disfrute de los mismos se mantiene en relación con las condiciones de irregularidad de éstos; así, la incapacidad del Estado para ofrecer un buen nivel de satisfacción a las necesidades planteadas por las periferias, ha obligado a su población a cubrir las condiciones de submínimos, generando los consecuentes efectos, mismos que en su despliegue han matizado la aparición de situaciones colaterales al uso de habitaciones deficientes, tales son los casos de la incomodidad, la insalubridad y la reproducción de enfermedades.

Consultando el censo de 1995, puede observarse que de las 3 millones 768 mil 067 viviendas contenidas en la ZMCM, 153 mil 335 o el 4.1 por ciento no disponían de drenaje, 113 mil 294 o el 3.0 por ciento no contaban con agua entubada y 8

mil 168 o el 0.2 por ciento no poseían energía eléctrica. Aparentemente los niveles no eran críticos si se compara la situación con la existente en otros años; sin embargo, observando la dinámica seguida por el desarrollo de la ciudad, puede encontrarse que las carencias fueron más significativas en los municipios metropolitanos, en los cuales, de un millón 762 mil 983 viviendas erigidas en éstos, el 6.5, el 4.1 y el 0.4 por ciento representaban déficit en aquellos rubros; mientras que en el DF estos déficit se situaban en 1.9, 2.0 y 0.1 por ciento correspondientes a las 2 millones 5 mil 084 viviendas existentes en la demarcación. En forma particular, entre los territorios más desprovistos de aquellos satisfactores destacaron los municipios de Teoloyucan, Chalco y Chicoloapan, los cuales, de sus respectivos totales en viviendas —10 mil 880, 94 mil 426 y 15 mil 217—, mantenían en 1995 en los mismos rubros y orden, déficit traducidos en: 53.4, 4.6 y 0.8; 35.8, 6.6 y 0.6, y 14.1, 10.1 y 0.9 por ciento, respectivamente. Lo anterior quiere decir que, en municipios como Chalco, 33 mil 794 familias no contaban con drenaje, y 6 mil 191 no disfrutaban de agua entubada.

Otros servicios ofrecidos en la zona metropolitana en una situación diferente, fueron en equipamiento, en el caso de salud por ejemplo, en 1995 para una población de 8 millones 489 mil 7 habitantes en el DF, existían 24 mil 776 camas del sistema hospitalario (INEGI-DDF, 1997:148); es decir, había una relación de una cama por cada 342.6 habitantes. En tanto que para el Estado de México —donde se localizan todos los municipios metropolitanos—, de una población de 11 millones 707 mil 964 pobladores en 1995, existía un total de camas cifrado en 11 mil 245 considerado en el censo de 1996 (INEGI-Gobierno, 1997:219); de ese modo, estableciendo la misma relación para este territorio, se podía observar que el número de habitantes por camas se situaba en 1 mil 041.1.

En el caso de la distribución de escuelas la situación mantuvo las mismas características; por ejemplo, mientras el DF a nivel primaria para el ciclo 95-96 contaba con 3 mil 304 escuelas con 41 mil 293 aulas utilizadas por un millón 065 mil 826 alumnos, y a nivel secundaria existían 1 mil 273 escuelas, 13 mil 939 aulas y 513 mil 038 alumnos (INEGI-DDF, 1997:177), en el Estado de México se contaba con 6 mil 524 escuelas primarias con 57 mil 767 aulas para un millón 819 mil 560 alumnos; a la vez que a nivel secundaria, se poseían 2 mil 428 escuelas con 16 mil 707 aulas destinadas a 641 mil 437 estudiantes (INEGI-Gobierno, 1997:282). En ese sentido, en una relación alumno-aula, los índices aparecen distintos puesto que la relación para el caso del DF se situó en 25.8 para primaria y 31.4 para secundaria; en tanto que para el Estado de México se expresó en 36.8, 38.3 respectivamente. La realidad es que los datos corroboran los niveles de carencias diferenciadas, entre municipios metropolitanos, delegaciones y ciudad.

La existencia de una ciudad donde la mayor parte de la población sufre los problemas arriba descritos, es muestra de los límites que han poseído los modelos de desarrollo instrumentados para el país, pero también han señalado las posibilidades de las denominadas eras de progreso donde aquéllos se han inscrito. Modernidad, posmodernidad o las nuevas corrientes que se sucedan, no pueden ofrecer otras situaciones si son sustentadas en una dinámica del capital donde la obtención de ganancias es a ultranza; por ende, continuarán generando desarrollos desiguales en las sociedades y, por extensión, en sus asentamientos territoriales; en este sentido, de no reencausarse los impulsores de la denominada posmodernidad, y ello atañe a toda la sociedad mexicana, ésta continuará cumpliendo sólo con los sectores empresariales y las partes opulentas que se benefician de éstos; en tanto los grupos sociales más deprimidos seguirán sufriendo la parte más negativa del despliegue de esa posmodernidad tan magnificada por los medios de comunicación **e**

Notas:

¹ Octavio Paz: 1993:354, en "Los hijos del limo", intentando explicar la modernidad, señalaba: "La modernidad es sinónimo de crítica y se identifica con el cambio; no es la afirmación de un principio atemporal, sino el despliegue de la razón crítica que sin cesar se interroga, se examina y se destruye para renacer de nuevo. No nos rige el principio de la identidad ni sus enormes y monótonas tautologías, sino la alteridad y la contradicción, la crítica en sus vertiginosas manifestaciones. En el pasado, la crítica tenía por objeto llegar a la verdad; en la edad moderna, la verdad es crítica. El principio que funda nuestro tiempo no es una verdad eterna, sino la verdad del cambio".

² Gianni Vattimo: 1996:11-12, refiriéndose a esas condiciones, señala: "[...]decir que estamos en un momento ulterior respecto de la modernidad y asignar a este hecho un significado de algún modo decisivo presupone aceptar aquello que más específicamente caracteriza el punto de vista de la modernidad: la idea de historia con sus corolarios, el concepto de progreso y concepto de superación. Esta objeción, que en muchos aspectos presenta la característica vacuidad e inconsistencia de los argumentos puramente formales [...], indica empero una dificultad real: la de establecer un carácter auténtico de cambio en las condiciones de existencia, de pensamiento que se indican como posmodernas respecto a los rasgos generales de la modernidad".

³ *Ibid*:376-377, específicamente, los servicios aumentaron las funciones intermedias, ampliando de ese modo los espacios de trabajo y por lo tanto modificaron funciones de las ciudades. En relación a cómo se transformaron algunas actividades terciarias para dar cabida a las nuevas extensiones del capital, Mandel asentaba: "[...] las tiendas de auto-servicio y las máquinas vendedoras automáticas sustituyen a los vendedores y dependientes. El médico particular independiente es reemplazado por la policlínica con especialistas y por médicos de planta que trabajan en grandes compañías; el abogado independiente es marginado por el 'bufete' de abogados o los consejeros legales de bancos, empresas o la administración pública. [...] El sastre privado es reemplazado por la industria de ropa confeccionada; [...] el cocinero, por la producción en masa de alimentos precocinados en los restaurantes de autoservicio o la rama de la industria especializada en ello; la recamarera o la lavandera, por la mecanización de sus funciones en forma de aspiradora, lavadora, lavaplatos, etcétera."

⁴ INEGI:1997, 1 y 2, según el conteo de población y vivienda de 1995, de una muestra de 2 mil 500 viviendas por cada demarcación, en el D.F. 66.4 por ciento eran propias; mientras en el Estado de México, lo eran 79.9.

La posmodernidad ha incrementado, entre los sectores deprimidos, fenómenos como el ambulante, los niños de la calle, la prostitución, la inseguridad...
